

ropea, para ser más exactos), sino también un particular estudio referido al caso de los casi dos millones de españoles en Europa. Españoles que siguen saliendo (23.828 en el primer trimestre de este año, según datos del Instituto Español de Emigración) y españoles que siguen acrecentando esa fuerte suma de más de treinta mil millones de pesetas anuales en divisas para una economía que no sabe, no puede o no quiere darles empleo. No es mucho lo que reciben a cambio: «Para asistencia social tocan a 13 pesetas por emigrante y año; para asistencia jurídica, 101 pesetas; para educación, 17,50 pesetas; etcétera». O también: «los centros que podríamos llamar "oficiales" ponen el énfasis en las actividades recreativas y de ocio. El bar surtido de productos españoles y los bailes frecuentes son piezas clave de esta prolongación extraterritorial de panem et circensis. Otras actividades incluirían excursiones, campeonatos de fútbol, concursos de belleza, cine en español e incluso algunas bibliotecas de contenido convenientemente depurados... Estos españoles de Suiza, de Francia o de la Alemania Federal son los verdaderos protagonistas de los hechos y de los problemas. «Para lo primero —dice el autor— se puede ser un espectador frío; a lo segundo no he podido permanecer impasible».

■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

«La sociedad al día»

El viejo pleito sobre la orientación del quehacer sociológico no lleva trazas de pronta resolución en esta audiencia más bien subjetiva y personalista que es el mundillo de nuestros sociólogos. La cuestión es que tras la esgrima epistemológica se disimulan razones menores, desde el puro juicio de valor al puro mandoble, con el resultado de que, al menos en la impre-

sión del lego o del catecúmeno, parece que hubiera varias sociologías recíprocamente excluyentes en base a conocidos contrastes ideológicos. Empirismo y teoretismo, «construcciones» ideales y «modelos» prácticos, filosofías del consumo o del conflicto, se oponen apresuradamente. Es una vieja discusión ideológica, un doble dogma empeñado entre lo diestro y lo siniestro, al que no le falta su dosis apreciable de razón, sin embargo. Es, en fin, como dicen que decía d'Ors, una «grave cuestión baladí».

Tan larga introducción se propone colocar el siguiente juicio sobre un libro del profesor Del Campo, *La sociedad al día* —Ediciones del Espejo, 1974—, en un terreno, dentro de lo que cabe, imparcial. El autor de este libro es figura difícil de encuadrar en los anteriores términos polémicos, y uno, por supuesto, no se lo propone. Del Campo es hombre de formación americana, supongo que adepto no enteramente ortodoxo de la visión «estructurofuncionalista» (que es como se dice ahora) y práctico laborioso de una disciplina que él entiende —insisto en que es una opinión— como una síntesis cuya virtud debe derivarse de la investigación concreta, en armonía con unos presupuestos teóricos no demasiado complejos. El

aspecto de la REOP en la época en que él la dirigió, el tono de sus trabajos sobre demografía y estructura o cambio social, creo que avallan la presunción que queda hecha sobre su inclinación «práctica»; de otro lado, la lectura de *La sociología científica moderna* evidencia, por la otra cara del transparente, que ni le son ajenas ni le obsesionan las discusiones que, al deslumbramiento de otros prestigios —los de la sociología «comprensiva», el de los ventisqueros de Francfort, etcétera—, nos hemos acostumbrado a llamar «de altura».

En fin, creo y asumo el riesgo de decir que Salustiano del Campo practica una sociología que, a mi modesto entender, se aproxima más y resulta más vicaria de la «política social» que de la «filosofía social». Es decir, que ha hecho de su dedicación profesional un ejercicio modesto e ingrato —no sé si deliberado— de desbroce de la realidad social inmediata al servicio de una pretensión de neutralidad científica y de un proyecto de mejora, repitámoslo, dentro de lo que cabe.

En fin de cuentas, entre tantas definiciones y estocadas previas, resulta que la sociología de que disponemos raramente cumple una función que, bien mirado, debiera tenerse por

legado irrenunciable de su propia y originaria tradición: la de la crítica real, comprometida y montada sobre la pasión —más sufrida y modesta de lo que pudiera creerse— de la vida cotidiana, de sus entresijos, de sus contradicciones grandes o pequeñas.

*La sociedad al día* —al margen de cualquier valoración previa— es un testimonio raro de este tipo de quehacer en que el sociólogo se compromete con el terreno gris y, sin embargo, arriesgado de la crítica que pudiéramos llamar cotidiana. Básicamente, éste es un libro periodístico, de buena factura crítica y que suple el posible desgarbo estilístico con la virtud de una probada seriedad en el conocimiento de los temas: temas generales y temas específicamente españoles.

Se trata de un volumen de artículos breves aparecidos en «El Europeo», de visible pretensión divulgadora y con los que el autor ha ido intentando tomarle las medidas al cuerpo no poco jorobado de la sociedad española actual. Pero es importante aclarar que, aun escritos al filo de la actualidad o de la incidencia, los trabajos no se plantean discursivamente, sino que se montan en la crítica objetiva de los datos —oficiales o no— y en la revisión, no pocas veces elocuente, de

las maniobras estadísticas. Todo un apartado sobre la educación en España o sobre el tema «política española», así como los antes mencionados, tratan de aclarar la realidad que aquella maniobra estadística con frecuencia trata de oscurecer en lugar de aclarar. En resumen: lo que Del Campo cuestiona revisando cifras y datos sobre la emigración, la presencia de la mujer en el trabajo, la estructura ocupacional o los problemas de la reforma educativa, no es sino la cuestión fundamental del valor que tienen y el que debieran tener los llamados «indicadores sociales». En este sentido, la labor realizada por el autor, sin perjuicio de su carácter ocasional, es importante especialmente por el tono independiente y por la dureza de algunas de las críticas contenidas, y aún más por la hábil ironía y hasta por la malicia alguna vez desafiante sobre las que discurre esta curiosa operación crítica.

De *La sociedad al día* se deducen muchas cosas, quizá no sistemáticas a la primera de cambio por el lector más o menos lego, pero útiles, sin duda, para quien sepa apreciarlas a su vez como un «indicador» más.

Hay al final del libro, cerrando el apartado «Política española», una a modo de exégesis optimista sobre determinadas circunstancias sociopolíticas del país, en la que esta crítica no entra por razones de estricta neutralidad, y no por arrimar o desarrimar ascua alguna. Juzgue el lector eventual sobre el riesgo de ese optimismo del profesor Del Campo y decida por su cuenta. En cualquier caso, ésas son tres o cuatro páginas entre las trescientas de un libro en general agresivo, exigente y preciso. Poner «la sociedad al día» exigirá, esto sí que es evidente, que los sociólogos se pongan al día a su vez. Como lo ha intentado, pertinaz, modesta y casi oscuramente en esta ocasión, un sociólogo profesional. ■ J. A. G. M.

No ha sido muy sincera nuestra historia...

La lectura de la poesía española actual me sigue causando la misma impresión desalentadora que desde fines de la década del sesenta empezaba a experimentar. Me encuentro, día a día, ante unos intentos en los que no consigo vislumbrar ni ya soluciones definitivas, sino ni siquiera un alumbramiento de caminos posibles donde transitar esperanzadamente. Hablo, por supuesto, a niveles generales. Hay una inercia reiterativa en la que se diluyen invariablemente temas y formas epigónicos o ecoicos. El mimetismo parece estar a la orden del día, ayudado por una notoria pereza frente a la escritura. Por otro lado —y ocupando una posición igualmente relevante—, se encuentran las naturales deficiencias de un lenguaje terca-mente retórico, sustancial y potencialmente vacío, que ya no permite demasiadas libertades, que ya consume sus últimos residuos en una agonía realmente grotesca.

No es, pues, casualidad que, en un panorama como éste, la colección de poesía «El Bardo» haya decidido editar sus últimos poemas: una antología de Poetas españoles poscontemporáneos (1). Ya se cura en salud el editor al aludir, en la nota preliminar, a la dificultad que entraña el determinar claramente los conceptos de poscontemporáneos, de españoles y, sobre todo, de poetas. Lo mismo cuando reconoce el difícil contentamiento que suele darse a lectores, a críticos y, especialmente, a escritores con una antología; máxime si, como esta que nos ocupa, confiesa estar confeccionada «siguiendo el democrático y españolísimo método de la designación a dedo». Ríos de tinta se han consumido in-

(1) Varios autores. Poetas españoles contemporáneos. El Bardo. Barcelona, 1974. 338 páginas.

